



PALOMA DEL PALACIO

Quiero que me quieras



Ediciones
Irreverentes

PALOMA DEL PALACIO

QUIERO QUE ME QUIERAS

Colección Incontinentes
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

© Paloma del Palacio

De la edición: © Ediciones Irreverentes

Noviembre de 2009

Ediciones Irreverentes S.L.

editor@edicionesirreverentes.com

ISBN: 978-84-96959-49-1

Depósito legal:

Diseño de la colección: Absurda Fabula

Imprime Publidisa

Impreso en España.

*Fernando,
en el mar de tus ojos he podido leer mi historia.*

*Peque,
de las fantasías escritas en tu piel
nació una apuesta y yo la he ganado.*

Todo lo que aquí narran los personajes es un cóctel insólito de historias reales. Hombres y mujeres me las han contado en voz baja, como el secreto que nadie debería saber, con el «entre tú y yo» al principio, o el «por favor, confío en tu discreción» al acabar de abrir su alma. Profesiones, nombres, lugares, espacios y épocas han cambiado totalmente. He intentado dar identidades y vida a las experiencias de todos ellos, alejándolas por completo de lo que fue su realidad.

Sólo pretendo que quien lo lea piense, desde la reciprocidad, y el respeto a la diversidad, qué calificativo dar a quienes aquí cuentan sus historias.

Gracias a todos los que entre correos electrónicos, copas, cigarros, ideas, consejos y confesiones, han hecho posible este libro.

*Besas como si fueses a comerme.
Besas besos de mar, a dentelladas.
Las manos en mis sienes y abismadas
nuestras miradas. Yo, sin lucha, inerme,
me declaro vencido, si vencerme
es ver en ti mis manos maniatadas.
Besas besos de Dios. A bocanadas
bebes mi vida. Sorbes. Sin dolerme.*
BLAS DE OTERO

*No te postres sino para amar.
Si mueres, sigues amando.*
RENÉ CHAR

1- ¿TÚ ME QUIERES?

Aún mantenía en mis labios el calor de su último beso, y en la piel el olor de su cuerpo. Entre todos los espectadores que allí estaban, yo era para quien ella bailaba.

Comienza a sonar *Hotel California* de los Eagles, la sala central del local queda iluminada únicamente por los focos situados en el fondo de la blanca piscina rectangular, que es el eje de este recinto.

Es un caprichoso escenario con un ambiente denso; provocado por las brumas, que se elevan desde el agua caliente –ensortijándose y perdiéndose entre las hojas de palmeras enanas situadas en sus extremos– siguiendo la pauta cadenciosa de la música marcada por las congas.

Emilie inicia sus pasos, moviendo su cadera al compás del riff de guitarra, por el estrecho pasillo lateral izquierdo que bordea ese irreal oasis. Y todos los que allí estábamos quedamos atrapados, siguiendo con la vista su cuerpo ondulante únicamente cubierto por un sombrero de ala ancha, un minúsculo tanga, unas botas vaqueras, y las sombras. Ella continúa andando... *«por la carretera del desierto... hacia la luz trémula de un hotel solitario».*

Llega al fondo de la sala, un cañón de luz blanca desnuda su pálida piel, en ese cuerpo tan delgado, tan cercano para mí. Y su sonrisa nos recibe y empuja misteriosamente –con las primeras estrofas del texto– por el corredor de ese Hotel... *«¿Será esto el cielo o el infierno?»* Sus posturas insinuantes, obscenas, sentada en un sillón (como único elemento decorativo), sus piernas que se abren y cierran rodeando ese asiento, provocan el apetito de quiénes la miran. Aunque yo era quien había sabido saciar el suyo.

Las manos por encima de su cabeza intentan atrapar en el aire un deseo vacío, y comienza a acariciar su cuerpo, descendiendo desde su cara, su cuello, sus pechos, por su torso; hasta envolver su cintura cruzando los brazos mientras ladea la cabeza, quizás añorando el abrazo que, muchos de los que la observaban, quisieran darle en ese instante, y que yo ya no le daría.

«Welcome to the Hotel California. Such a lovely place. Such a lovely face»¹

Ella se acerca con este primer estribillo a un hombre colocado en un rincón. Le secuestra con la mirada fija y su sonrisa maliciosa. Coloca la mano del elegido en su pecho, y deslizando lentamente los dedos por el brazo derecho del improvisado actor, le arrastra hacia sí dejando que las manos sigan acariciando el terciopelo de su piel, Emi se da la vuelta y aprieta su espalda contra él.

Con un movimiento sinuoso se coloca en cuclillas, para de nuevo subir lentamente sin apartar su piel ni un milímetro de las piernas, y la cintura de su elegido... *«Consignió muchos chicos. A los que llamó amigos»*. Agarrada a sus caderas adelanta un paso, y con sus manos enlazadas, como a un niño perdido, le guía hasta sentarle en el trono del placer creado para esa ocasión.

La stripper continúa su danza alrededor del nuevo rey de sus fantasías. Desde un lateral acaricia con una mano la cabeza de ese hombre, mientras dirige la otra al interior del tanga, echando su cabeza hacia atrás, estirando su cuello, pidiendo —en el grito silencioso de su piel húmeda y brillante... *«Dulce sudor del verano»*—, que besen, que palpen, que acaricien, que muerdan.

Él, tímido al sentirse observado, no sabe cómo reaccionar. Sonríe nervioso y coloca con temor las manos en los muslos tensos y vibrantes de la bailarina. *«Unos bailan para recordar y otros para olvidar»*

La canción sigue dándonos la bienvenida al *Hotel California* y nos recuerda que *«... todos traemos nuestra coartada» cuando entramos. Aunque...somos víctimas de nuestro propio invento»*.

Y sus últimas estrofas nos siguen hablando, a los que allí nos encontramos observando atentamente, porque sabemos que... *«jamás podremos salir»*.

Suena el duelo de guitarras final, son dos amantes disfrutando de sus cuerpos. Ella, sentada a horcajadas en las rodillas del invitado, arquea su cuerpo como una gata en celo, y cimbreo la espalda hacia un lado y otro, mientras acaricia el pecho, los brazos y la cara del impresionado acompañante.

Emilie sigue el ritmo de la coda, acelera y marca con más fuerza los movimientos, acompañando la emoción de las guitarras. En el último compás se pone en pie mirando al público, y arranca su tanga en el acorde final.

1- *Bienvenidos al Hotel California. Qué hermoso lugar. Qué hermosa fachada.*

Y dirigiendo su mirada hacia donde yo me había situado; su sonrisa y un beso, que hace volar desde su mano, son para mí.

Recogiendo de debajo del sillón una minúscula túnica y mientras se la coloca, anda hacia el lugar en que me encuentro.

–Gracias por quedarte a verme bailar. Felicidades, ya es más de medianoche–. Me dijo mientras depositaba un lento y húmedo beso, con los labios entreabiertos, en mi mejilla.

Cuatro horas antes me encontraba en su casa disfrutando de su olor, acariciando su piel. Yo estaba comiéndole la boca, arrullándola..., y me dijo: «tienes manos de hombre». Es de lo más bonito y sugerente que me habían podido decir en mucho tiempo. Ellas siempre son más originales que ellos, pero no sé hablarlas de amor.

Mimaba su cuerpo –ahora desmayado–, después de estremecerse con las violentas sacudidas del dulce delirio, que mi lengua y mis dedos habían desatado en sus entrañas. Reposaba su cabeza en mi hombro y preguntó.

–¿Tú me quieres, Estrella?

–¡No, por favor!, no empecemos otra vez–. Dije en un tono quizás demasiado hostil. –Te deseo, te respeto, te mimo, te cuido, te aprecio. Pero no insistas, no quiero hablar de amor–.

Emilie se zafó de mis brazos y levantó su tono de voz. –Tengo 22 años, he tenido muchos amantes hombres y tú eres la primera mujer con la que me he acostado. Me has seducido y enamorado como nadie lo había conseguido, sin embargo hablas como ellos–

–No te entiendo, Emi. Yo nunca te he prometido nada, y tampoco te he exigido algo. ¿Qué es lo que quieres?

–Quiero que me quieras.

–Pero si ya lo hago, eso y más. ¿Qué diferencia hay por dos palabras que no se digan?

–Compromiso, eso es lo que hay. Y tú nunca lo has tenido conmigo. ¡Me has utilizado!..., como todos.

–Cielo, yo no quiero continuar con esta discusión– Le dije en un susurro, mientras acariciaba su barbilla. –Si eso es lo que piensas, no creo que tenga sentido seguir viéndonos. Estoy cansada de escuchar, todos los días que nos vemos, los mismos reproches. Quizás tengas razón, y lo que buscas yo no te lo puedo dar.

—¿Me estás diciendo que esto se ha acabado? ¿Así? ¿Tan fácil?— Dijo mirándome con sus ojos oscuros por los que asomaba tristeza, soledad, desolación...

Y su imagen me recordó a mí misma hace treinta años, en otra cama y con la misma mirada.

—No es «tan fácil», como tú dices, pero no voy a continuar con esta conversación. — Me levanté, salí de la habitación para buscar un cigarro en mi bolso; cuando lo encendía comenzó a sonar mi móvil. Mientras rebuscaba para cogerlo, oí el agua de la ducha. —Bueno, no se lo ha tomado tan mal. No me hubiera gustado una escena dramática de lágrimas y gritos. Para cortar con algo que creo, a las dos, nos estaba ya incomodando— pensé.

—¡Dime Íñigo!, dije contestando la llamada.

—¡Hola preciosa! ¿Cómo te encuentras? Tienes la voz muy rara, apagada, o triste... Me parece.

—Bien, no pasa nada, *¡sin novedad en el frente!* ¿Y tú?

—Estupendo. Oye, te llamo para proponerte una cosa.

—Tú dirás.

—Escucha. Aunque quieras que eso pase, a mí no se me olvidan las fechas, y mañana es tu cumpleaños. Digo yo, que los cincuenta no se cumplen todos los días, y también digo que podrías estirarte, e invitarnos a una copa.

—¡Lo temía! Sabía que me lo terminarías diciendo. No.

—Estrella, ¡qué son cincuenta años!

—Pues por eso. No.

—¡Vamos, chiqui! ¡No seas así! ¿Qué te cuesta? Si total solo estaríamos Paco, Inés, Rafa, Mónica y yo, porque Marta no sé si estará mañana aquí en Madrid. Unas aceitunas, unas cervezas y ya está.

—No me líes, no me líes. Íñigo; que de un día para otro es muy precipitado. Cada cual ya habrá hecho sus planes para el viernes, Marta y Lidia ni tan siquiera sé si podrán venir desde Barcelona.

—O sea, que sí.

—Yo no he dicho eso.

—Pero si ya pensabas en los planes de los demás por si no acudían.

—Eso no es del todo cierto.

—De acuerdo, no te preocupes yo me encargo de llamar a todos.

—Pero... ¡si no te he confirmado aún nada!

—Eso es un sí. Mañana por la noche, en tu casa a las diez. Un beso

Y me colgó.

—¿Pasa algo? Preguntó Emi, desde la puerta de la habitación, envuelta en su albornoz y con el pelo húmedo.

—Pues que mañana es mi cumpleaños, y no me acordaba.

—¿Tu cumpleaños? Felicidades.

—Mañana, no hoy—. Y acercándome hasta donde ella estaba, aparté los mechones húmedos de su cara y su cuello, dejé descansar mi mano en su hombro y pregunté. —Emi, ¿cómo estás? Yo no quiero hacerte daño, yo solo quiero que seas feliz. ¿Me entiendes?

—Tranquila, estoy bien, y tienes razón. Yo te he pedido, lo que no puedes o no quieres darme, y no tengo fuerzas para luchar contra eso. Lo he pensado mucho y lo único que me queda es alejarme de este amor. Solo prométeme una cosa: que seguirás siendo mi amiga, que no desaparecerás sin más.

No pude evitar acercarme a ella y abrazarla, muy fuerte.

—¿Me puedes llevar al local? Te tomas una copa, y si quieres...— Paró, tomó aire y exhaló en un suspiro —me ves bailar, hoy será para ti. Es mi regalo.

Ya en el coche, antes de arrancar, la miré fijamente mientras agarraba su mano. —¿De verdad que estás bien?— Ella sólo me miró asintiendo con la cabeza Me estaba sorprendiendo por su aparente frialdad, o su sumisa rendición. Puede que nunca lo sepa.

Arranqué y puse uno de los CD. Sonaron los arpegios de las cuerdas de Don Felder, el guitarrista de los Eagles, en *Hotel California*. Volví a 1977, el adiós de la Estrella adolescente enmarcado por mi rabia en el término de una relación imposible. Quizás mi orgullo, o mi veneno me hicieron ser lo que soy ahora, y acaso es lo que esperaba de Emilie.

Más allá de todas las interpretaciones que se han hecho de sus estrofas, esta canción para mí, significa como yo comencé a entender —y aún entiendo— mi cuerpo, mi placer, el deseo, la pasión, o el amor:

Al igual que este hotel, el amor y la pasión. Tienen una fachada atractiva y sugerente y necesito entrar, pero nunca sabré si sus puertas me llevan al cielo o al infierno. Dentro siempre hay alguien que te muestra el camino y también nuevos amigos, algunos están porque quieren olvidar, y otros porque quieren recordar. Pero todos tenemos una excusa para estar allí, hemos escogido y nunca podremos salir.

—¡Cómo me gusta esta canción! Exclamé en voz alta.

—¿Por qué?

—Porque es mi vida.

Buenos días, son la siete de la mañana, hoy, viernes, 23 de febrero de 2007.

La locutora comenzaba a referir los titulares del día. Con los ojos todavía cerrados, recordaba la noche pasada. El regalo de Emilie, el primer beso en mi nuevo medio siglo y el último en esa piel. Y aún no sé si ella me ama o me odia por ello. En asuntos de amor no entiendo a las mujeres, y creo que ellas a mí tampoco. Apagué la radio y medio dormida fui directa a la ducha.

Muchos podrán decir que he intentado ser buena para terminar siendo peor, —he olvidado a la princesa de los cuentos, para interpretar el papel de bruja— con algún que otro acierto y con muchos errores. Aunque yo, desde luego, no pienso condenarlo.

Sé que nunca seré políticamente correcta, he sido incómoda para algunos, incauta para otros, y sorprendente o «rarita» —como mis amigos me llaman— para casi todos. Y ahora, además, ¡con arrugas!

—¡Felicidades, vieja! Me parece que vas a tener que dejar de trasnochar. —Le dije a mi imagen reflejada en el espejo del baño, mientras intentaba disimular con corrector las bolsas de los ojos.

En el garaje de casa, antes de entrar en el coche, sonó el móvil. —¡Caramba!, que pronto se levanta el personal— pensé al mirar quién llamaba.

—¡Anda que no madrugas, Oscar! ¿Cómo te va?

—Estaba en el aeropuerto, esperando el embarque. Y a esta hora sé que te pillo si no despierta, al menos andando. Me va como siempre, ya sabes: cifras, ventas, clientes, jefazos... El mismo rollo. He pasado de ser una joven promesa, o más tarde un pilar básico en la estructura organizativa, para acabar siendo un prejubilado con honores.

—¿No me digas que te despiden?

—No, me voy. Me han ofrecido una buena pasta. ¿Te acuerdas lo que sucedió contigo un par de años después de conocernos? Pues lo mismo.

—No es lo mismo, yo tuve que pasar por insoportables entrevistas de trabajo y terminar recurriendo a los contactos de anteriores empleos. ¡Ojala hubiera podido dejar de currar! Pero, ¿estás bien?

—¡Perfectamente!, ahora tendré más tiempo para follar— Dijo riéndose.

–¡Menos lobos, Caperucita! Que a tu edad, con que puedas sostener el palo de golf es suficiente.

–No seas mala... Y hablando de edades. Felicidades.

–Gracias. ¡Te has acordado!

–¡Cómo voy a olvidarme! ¿Te apetece que nos veamos cuando vuelva de Bruselas? Y te cuento toda esta movida.

–Por mí vale. Nos llamamos. Un beso.

Me gusta saber que amigos como él siguen estando en mi vida. Pasiones del pasado en un cálido y dulce infierno del que nunca se escapa.

A Oscar le conocí con mis cuarenta años recién estrenados. Su empresa, de cuyo Comité de Administración formaba parte, quería promover una ampliación de capital; por lo que se encontraba en trámites con la Banca suiza en la que yo trabajaba. La cuenta de estos clientes la llevaba otro asesor, y el día de esa reunión no estaba en la oficina.

A las diez de la mañana el Director de Inversiones me llamó por teléfono.

–Estrella, ahora te bajan el expediente de Sucre Asociados, tienes cuatro horas para estudiarlo, hoy almorzaremos con ellos para cerrar la operación.

–Pero ¿Qué me estás contando? ¿Y Luis?

–Está camino del hospital, su mujer se ha puesto de parto.

A los diez minutos se presentó en mi despacho la secretaria de Fritz.

–Hola Estrella. El Sr. Langenberger me dice que te entregue estos documentos. Te he enviado por correo electrónico tablas y gráficos de la operación.

–Gracias Elisa– Contesté, con una expresión de horror en mi cara al ver el dossier.

Ella se dio cuenta del gesto y me dijo, –no te preocupes, seguro que lo consigues. ¡Eres mujer!

–¡Estoy harta! Creo haber trabajado más que mis compañeros hombres, porque he tenido que probar que soy igual de buena. Por lo visto no existe hoy en la oficina otro asesor. No es justo.

–Sí pero en tu trabajo como Asesora Financiera, por lo que te pagan es por una mera cuestión de balance de cuentas de resultados a fin de mes, para mantener una buena cartera de clientes.

–Ya, y por la licenciatura en económicas, o el máster *Finance and Investment* por la City University London. Aunque lo que yo considero tanto o más importante que sueldo, status, o los objetivos de empresa, a ellos les trae al fresco.

—¿Y qué es eso tan importante?

—Que nunca he olvidado que los clientes y nosotros somos personas, no números.

—Pues, esto es lo que hay. ¡Ánimo! Por cierto, os he reservado una mesa en el Teitu a las 14:30. —Dijo cerrando la puerta y dejándome a solas

Si una cosa empieza mal, acabará de la peor manera posible. No sólo debía leer, aprender y localizar cualquier posible error sino que tenía que hacerlo en tiempo record y con apuntes desastrosos, descabalados, y mal ordenados de mi compañero (que era muy dado a ordenar en su cabeza pero no en sus papeles).

Y decidida a luchar contra los funestos esquemas, la falta de información, la posibilidad de inocentes fraudes (si es que hay alguno inocente) en las cifras aportadas por la empresa, el atasco en el Paseo de la Castellana, e incluso contra la menstruación, que esa misma mañana había aparecido adelantándose dos días según mi calendario. A las 14:47 con tres llamadas de mi jefe perdidas en el móvil, dejaba las llaves al aparcacoches del restaurante.

Las leyes de Murphy iban cumpliéndose inexorablemente.

He trabajado duro, durante muchos años —desde que comencé mi carrera—, para ser una buena profesional y no creo que mi físico o mi simpatía me hayan abierto puertas en este campo, solo han suavizado aristas. Pero en este caso iba a tener que suavizar y mucho...

Mal comienzo, mujer que llega tarde a la cita, cinco caballeros que se levantan cuando yo aparezco como si tuvieran un resorte en la silla, pero con la cara complaciente de: *ya estamos con la mujer insatisfecha que como no folla en casa se dedica a joder a los clientes. ¿Qué se le habrá perdido a ésta aquí?* Y la cara de notable cabreo de mi Director que, como buen suizo, considera la puntualidad como la primera norma de estricto cumplimiento, y la virtud más importante.

Quizás esté mal decirlo pero las pecas en la cara, mi mirada entre inocente y traviesa, mezclada con el cuidado en el vestir me dan un toque pícaro casi golfo, otro toque elegante y una impresión global discreta y sensual. Esto gusta a mis clientes tanto masculinos como femeninos. Yo lo sé y lo utilizo en mi trabajo. Ese día me aproveché de mi «tarjeta de presentación».

Pedí una copa de vino, y de nuevo volví a levantarme para ir al servicio, —¡maldita regla!, podría haber sido más complaciente conmigo—, pensé. ¡Vuelta a empezar!, cinco amables caballeros que se levantan movidos por el mismo resorte.

Al volver a la mesa sencillamente me encandiló la sonrisa para nada irónica, sino divertida de uno de los ejecutivos, recorriendo con la mirada a sus tres acompañantes, a mi jefe, y por último directo a mis pupilas, ladeando la cabeza y levantando sus cejas.

Y entre revuelto de trigueros, delicias de merluza, filloas, cifras y más cifras, la sonrisa de ese hombre y su voz pausada, preguntas interesantes y dudas. Fijamos la fecha para las firmas. Me sentía satisfecha, y ¡por fin!, relajada.

Cuando acabamos la comida, y después de despedirme, me acordé —de nuevo en el servicio— que tenía que intentar hablar con mi compañera en la oficina, para decirle que esa tarde ya no pasaría por allí. Llamada que realicé en ese mismo instante por lo que, afortunadamente, no tuve que encontrarme ni con mi jefe, ni con los clientes; salvo que al salir del restaurante, mientras esperaba que trajeran mi coche, vi en la acera a quien había conseguido que el almuerzo fuera más ameno.

—¡Hasta pronto! Encantada de conocerte.

—Igualmente. ¿Estás esperando un taxi? Yo también, si quieres te acerco a donde vayas.

—No gracias, espero que el aparcacoches sepa donde ha dejado mi coche. Voy en dirección a la carretera de Extremadura, ¿te viene bien?

—¡Estupendo!, vivo en la calle Alberto Aguilera, si me dejas en la Plaza de España...

—Perfecto.

Ya en el coche me sentí obligada a darle las gracias por su colaboración.

—Oscar, creo que eras el que más claro tenía de tu empresa qué es lo que buscáis, o por lo menos quien ha expuesto de una manera más despejada los planteamientos; creo que sin ti, en esta reunión, no se habría conseguido nada.

—No ha sido nada, sólo me preocupo por aquello que me da de comer. Soy yo, o mi empresa, quienes tenemos que agradecer vuestro trabajo.

—Bueno, vale, vale. Los resultados del acuerdo los veremos en unos meses y entonces hablamos. Además la cuenta de tu empresa no es mía, y una vez haya realizado los ajustes la pasaré a mi compañero que es quien debía haber estado aquí hoy y no yo.

—¿Me estás diciendo que no podré verte más? Me niego, y me gustaría volver a encontrarnos y quizás tomarnos una copa y charlar no precisamente de balances, resúmenes ejecutivos o cuentas de resultados.

—¿Estás proponiéndome una cita?

—No, solamente tomar una copa. Pero, si estabas pensando en otra cosa...

Y de nuevo, asomó en su cara la misma sonrisa en la que yo me había fijado dos horas antes. —¡Que descaró!—. Pensé sin poder evitar soltar una carcajada. Su desvergonzada y golfa sinceridad, me convenció para aceptar su propuesta.

—Lo de la copa está bien, y lo que pienso ya te lo contaré.

Cuando llegué a la Plaza de España, estacioné el coche en la bajada hacia la Cuesta de San Vicente.

—Ha sido un placer, Oscar. Gracias por todo.

—¿Podré llamarte?

—¡Que sí!, ¡pesado!, ya tienes mi tarjeta, y déjame que te anote mi número personal. Llama cuando quieras, pero bájate rápido, porque el autobús que viene por detrás va a empezar a pitarme para que me quite de la parada.

Y por el retrovisor, cuando arrancaba, vi su imagen llevando su mano derecha al oído como si fuera un teléfono, para después señalarme con el dedo índice.

Creo que el día que nos conocimos nuestras ganas, de «algo más» que una copa, eran mutuas. No había pasado aún una semana cuando me llamó, quedamos en vernos ese mismo día, sobre las siete, en un pub cercano a mi trabajo.

Los dos sentados uno frente a otro, rodeados por desconocidos que charlaban animadamente entre ellos, o camareros que van y vienen. ¿Cómo puedo explicar que esa tarde hicimos el amor, solo tocándonos las manos? Fue un momento único, unos minutos intensos, llenos de pasión. Nuestras piernas juntas debajo de la mesa, sentían vibrar la piel más allá de la ropa. Mi boca entreabierta intentando atrapar el aire que no llegaba al pecho. Sus ojos en mis ojos. Él y yo éramos el centro del universo. Ni tan siquiera nos besamos, al menos allí.

Pagó la cuenta y le acompañé hasta su coche, al llegar nos fundimos en un impetuoso abrazo, no quería perder ni un milímetro de contacto con ese cuerpo. El fuego de su boca solo podía apagarse con la saliva de mi lengua.

Pero ese día no teníamos más tiempo para poder continuar con aquello.

—Estrella, debo irme, aunque no quisiera. ¿Te apetece un café mañana por la tarde en mi casa?

—¿Que si me apetece? Dime a qué hora.

A las cinco menos cinco del día siguiente yo estaba quitándome las bragas en el ascensor de su casa.

—Qué puntual eres, me dijo al abrir la puerta. Pasa, ven a la cocina que estoy preparando el café. —¿Te pongo una copa?— Y fue guiándome con sus pasos por el pasillo.

Dejé el bolso y el abrigo en la encimera de la cocina, mientras él abría la nevera. Me acerqué hasta donde él se encontraba y sin querer, ni poder evitarlo, me abracé a su espalda. La tensión acumulada desde la tarde anterior explotó entre nosotros. Él se dio la vuelta, con un hambre voraz comimos nuestras bocas, al tiempo que las manos iniciaban un vertiginoso descenso hacia nuestras caderas. Allí mismo, de pie contra la puerta del frigorífico, me penetró. Y de repente.

—¡Hostias!

—¿Qué pasa?

—Mi mujer. Está abriendo la puerta.

—¡No me jodas, Oscar!

—Rápido, métete en el baño, es ahí—, dijo señalando con su dedo, después de subirse la cremallera de la bragueta. —¡Hola, cariño!— gritó.

¡No me lo podía creer!, ¿cómo había podido llegar a ser tan idiota? Por lo que pudimos hablar la tarde anterior yo sabía que estaba casado, pero mis ganas locas de estar con él, no me habían dejado pensar en nada más cuando decidí ir a su casa. Mientras recomponía mi pelo, y mi ropa, le escuchaba contar que una asesora del banco se había acercado para pedirle unos informes.

Salí con la mejor de mis sonrisas y tras saludar a su esposa, coger mi abrigo, y el bolso, continué con la excusa que él había improvisado. —Muchas gracias por el café, Oscar, pero no puedo quedarme ¿Te importaría darme la documentación?

—Sin problemas, ¿me acompañas al despacho?

Una vez a solas, le dije en voz baja: —no me vuelvas a hacer esto.

—Por lo menos aún no me has mandado a la mierda. Aunque creo que somos dos los que lo «hemos hecho»— ¡Otra vez esa sonrisa de niño malo en su cara! Y comenzó a mordirme los labios, a la vez que su mano empezó a subir por mi muslo.

—Vamos a dejarlo como está— Expresé apartándome de su boca, su mano, su deseo y mi calentón. —Dame algunos papeles para poder disimular al salir—. En lo que él buscaba unos folios y los metía en una carpeta, yo buscaba mis bra-

gas en el bolso. –Creo que ésta es la situación más ridícula por la que he pasado. ¡Siempre hay una primera vez!– Exclamé.

–¿Y va a ser la última?

–Creo que no. –Y andando por el pasillo, dije en voz alta. –Bueno Oscar, gracias por todo–

Esto sólo fue el principio y, afortunadamente, hemos llegado a la cama.

Vidas separadas que mantenemos juntas, a pesar del tiempo y la distancia. Además hemos compartido retazos de nuestra vida contados entre copa y copa, almuerzos rápidos entre reuniones, y mails, muchos mails, unas veces dos líneas; y en otros momentos, pantallas enteras llenas, a veces de soledad, de miedo, de tristeza, y otras de alegría, de ánimo, de ilusión.

Y sexo, mucho sexo.

Me gusta ser fiel a estos amigos –que no significa exclusiva–, y también ser leal –que no significa sumisa–. Soy lo que soy porque yo lo he querido, pero sin su cooperación no hubiera podido.

Supongo que para muchos hombres, soy «una mujer fácil». Y es verdad, igual de fácil que ellos. Creo que tampoco les entiendo.

2- MEDIO SIGLO

–Estás buenísima, preciosa– Me dijo Ángel, mientras me daba un cachete en el muslo y apagaba el foco.

–Te lo agradezco, pero en esta postura tan vulnerable no me apetece que me piropeen–. Contesté mientras retiraba los pies de los estribos de la camilla.

–¡Tan cardo como siempre! No hay manera contigo. ¡Anda!, puedes vestírte. Te conozco desde hace más de veinte años, seguí tu embarazo, atendí tu parto, tratado complicaciones, trastornos de salud... Sé de tu vida por lo que me has querido contar y lo que he podido tratar, y aún te queda mucho por aguantarme. Según tu ficha tienes 50 años y estás perfecta. Se nota que ejercitas los músculos del suelo pélvico. ¡Hoy es tu cumpleaños! ¡Felicidades!

La expresión burlona de su cara, expresaba más que el mero comentario profesional de un médico.

–¿Me felicitas por el «ejercicio», o por los años?

–Por todo. Dame un beso y no quiero volver a verte hasta septiembre.

De vuelta en la oficina, repasaba las tres primeras felicitaciones de mi cumpleaños. Una mujer que ya es mi pasado, un hombre que, a muy pequeñas dosis, vive en mi presente y el ginecólogo que me ha dado cita para el futuro. ¡Vaya perspectiva!

El teléfono sonó. Desde recepción una voz me comunicaba: «D^a Pilar Lesmes viene a visitarla». –De acuerdo que suba, muchas gracias.

–Buenos días D^a Pilar.

Dije, saliendo de detrás de la mesa, recorriendo los cuatro pasos que me separaban de la puerta del despacho; para recibirla con dos besos, y acompañarla hasta el sillón confidente.

Esta anciana, a pesar de su cuerpo encorvado, menudo, su andar lento, vacilante y sin bastón –por supuesto–, ya que estaba totalmente reñido con su coquetería femenina, aún poseía el magnetismo y también la autoridad que irradiaba a los treinta años.

Mis sentimientos hacia ella eran por un lado de cariño, agradecimiento y respeto; pero por otro lado las verdades de una parte de mi vida, se habían convertido en mentiras y silencios hacia ella. Quizás por eso, siempre mantuve el tratamiento de «usted» y pretendía mantenerme distante, sin dar pie a que la intimidad aflorase, en exceso, en nuestra relación, por más que ella lo intentara.

–Buenos días hija. Qué frío hace hoy.

–Y encima lloviendo. ¿Quiere que le pida un café?

–No, gracias. Sólo he venido a firmar los papeles esos que me dijiste ayer, y sobre todo a verte y darte un beso, que hoy es tu cumpleaños.

–Pero D^a Pilar, ¿por qué se ha molestado? Gracias, muchas gracias, de verdad. Insisto ¿no quiere tomar nada? Si le apetece, me pongo el abrigo y salimos a la cafetería de la esquina.

–Tranquila Estrella, no puedo quedarme mucho tiempo, tengo cita con el reumatólogo en José Abascal.

–Desde luego, no sé cómo puede hacer tantas cosas en el día. ¡Ya me gustaría a mí, tener la energía que usted tiene!

Busqué en mi mesa la carpeta con los documentos. Mientras los firmaba me contaba que aún intentaba atender la marcha de sus negocios, ahora en manos de su hijo Íñigo, o lo aburridas que eran, a veces, sus amigas que ya no querían ir con ella al cine o al teatro. Y levantándose con esfuerzo, comenzó a andar hasta la puerta, mientras decía

–Los años son los años, pero mientras ¡siga tirando...! Seguiré haciendo lo que quiera. Aprovéchate tú que eres joven, y disfruta mientras puedas, niña. Que trabajas muchas horas aquí metida, todo el rato con tu teléfono, el ordenador y clientas pesadas como yo. En vez de estar pensando en divertirte o en un novio.

–D^a Pilar, que no soy una niña. Además usted para mí no es una clienta. Es mi segunda madre.

–¡Andal, calla, calla, Estrellita. No te molesto más. Ya me ha dicho Íñigo que esta noche cena contigo, con Marta y otros amigos. Te dejo que tendrás muchas cosas que hacer.

–Su hijo es un liante, adorable, pero un liante. Usted ya sabe que nunca me han gustado los cumpleaños; pero él, como siempre, me ha convencido.

Y ya en la puerta, al despedirse, cogió mi cara entre sus manos, devolviéndome a la Estrella pecosa y tímida que conoció hace cuarenta y cuatro años.

—Felicidades—. Me dijo con una enorme sonrisa y los ojos brillantes, cerrando la puerta.

D^a Pilar Lesmes Ortiz de Castro, viuda de Villamil, fue el artífice de mi educación superior y de los logros conseguidos en el trabajo, ella me proporcionó los medios que nunca hubieran estado a mi alcance si la desgracia de quedarme huérfana no hubiera trastocado todo mi mundo. E indirectamente también fue la responsable de la cara oculta de la luna en mi vida.

Cuando tenía seis años, mi padre falleció y mi madre, viuda de un Guardia Civil, ocupó la portería de la calle Salustiano Olózaga casi esquina al Paseo de Recoletos. Mi tía Águeda había servido, hasta el nacimiento del primero de sus hijos, en la casa de D^a Pilar que periódicamente le llamaba para preguntar por la salud de la que fue su criada y de los retoños que iban naciendo.

En una de estas llamadas, D^a Pilar se enteró del fallecimiento de un hermano de Águeda, mi padre. Y ofreció la oportunidad del trabajo como portera de su finca, a la viuda:

—Águeda, yo no necesito conocer a su cuñada, con lo que me dice me basta. Sólo coméntela que se acerque esta misma tarde y hablamos de lo que yo puedo ofrecerle. Si a ella le conviene, yo estaré encantada—.

Una portería con derecho a vivienda en pleno centro de Madrid, era lo mejor para poder sacar adelante a una pelirroja pecosa, muy callada y tímida, siempre abrazada a una muñeca de trapo a la que llamaba Melocotona.

Para mí, acostumbrada a la vida en la casa cuartel del Paseo de Extremadura de Madrid, fue un cambio brusco. —Ya verás como aquí haces amiguitas enseguida—, me decía mamá cuando bajábamos de la camioneta que transportaba los pocos muebles que teníamos a nuestra nueva casa. Yo ya estaba añorando el patio donde jugaba con las hijas de otros guardias. —¿Dónde jugaría, si aquí solo había una calle estrecha?—.

Cuando me hacía esta pregunta agarrada a la mano de mi madre, muy fuerte, sin soltarme, iba entrando en un portal que me parecía más grande que mi antigua casa, y tan alto como el de la iglesia del pueblo de tía Águeda, al que fui el último verano.

La luz llegaba desde un ancho portalón con rejas y cristales de colores situado al fondo. A los lados de estas enormes puertas las escaleras con barandas limitando los anchos peldaños en roble. Desde el escalón de arranque sus balaustres en madera que semejaban los troncos de un árbol, estaban unidos

entre sí por el hierro retorcido en formas caprichosas imitando un tupido follaje, y coronados por un ancho pasamanos de madera.

A mis seis años solo eran el camino que señalaba un bosque mágico ascendiendo hasta el cielo. Y su olor me recordaba mi antigua casa, y la imagen de mi madre limpiando la vitrina en la que guardaba unos pocos recuerdos de su vida.

En ese instante, bajando por la escalera izquierda apareció D^a Pilar. A mí me pareció una estrella de cine, con su pelo rubio tirante y sujeto en la nuca por un moño, un vestido blanco con lunares negros justo por debajo de la rodilla y ajustado a su cuerpo, un pequeño bolso negro colgaba de su antebrazo izquierdo, mientras que con esa mano sujetaba unos guantes blancos.

—Buenos días Carmen. ¡Que pronto han llegado!, déjeme que le acompañe a su casa—. Dijo acercando su mano al hombro de mi madre. —Pase, pase—. Y ladeando e inclinando ligeramente su cuerpo hacia mí, preguntó —¿Esta es su hija? ¡Qué niña más guapa! ¿Cómo te llamas?

—Vamos Estrella, contesta, ¡que parece que te ha comido la lengua un gato!

Me decía mamá intentado sacarme de detrás de su falda. Mientras yo observaba como esa señora tan guapa y elegante se acercaba hacia mí a la vez que contestaba a mi madre.

—No se preocupe Carmen, mi hija hace exactamente lo mismo. Puede volverme loca cuando está a solas conmigo de todo lo que me habla, habla hasta durmiendo, pero cuando se trata de contestar a un extraño no hay manera de que diga nada.

Y agachándose, D^a Pilar rodeó mi cara con sus manos y con una voz dulce me dijo: «Yo tengo una hija de la misma edad que tú, cuando vuelva del colegio te la presento, se llama Marta, ya verás como os hacéis seguidas amigas».

Marta e Iñigo, los dos hijos de D^a Pilar, se convirtieron en mis compañeros de juegos. Cada día cuando llegábamos del colegio nos buscábamos y aprovechando el rato libre de la merienda cambiábamos cromos, jugábamos al escondite en las escaleras, o nos acercábamos hasta las verjas del Palacio de Linares para intentar ver los fantasmas de los que nos había hablado Maruja, «la tata».

Ella la criada de D^a Pilar, al igual que antes lo fue mi tía Águeda, era también doncella, cocinera, enfermera, niñera de los niños, en resumen todo un cuerpo de casa reunido en una sola persona entrada en carnes, con los dedos

rollizos y sonrosados, que lo mismo daban un trozo de cielo en una rebanada de pan con azúcar y la nata obtenida después de hervir la leche, que hacían sufrir con la oreja de alguno de nosotros tres atrapada, cuando se enfadaba por alguna trastada nuestra.

En resumen la que llenaba el vacío de mis amigos y también el mío con dulces, pellizcos, historias o canciones cuando D^a Pilar salía más que entraba de esa casa, intentando hacerse cargo de los negocios que su marido, recientemente fallecido, había levantado

Cuando podíamos colarnos en el jardín del Palacio guardábamos silencio pretendiendo escuchar las voces de ultratumba de los fantasmas, aunque en todas las ocasiones lo único que hicimos fue imitar la voz de Raimunda –Yo tuve una hija se llamaba ¡Raimuunda!... ¡Nunca puudee oírla decir mamáaa!-. O la de su hija Raimundita –¡Mamáaaa!... ¿dóondeee eestáaas?, ¡mamáaa!-. O la del marqués –¡Fueeeraa toodos... Noo, aquí nooo! -. Alargando las vocales e intentando poner una voz grave, que es como suponíamos hablaban los fantasmas. Para al final, la única voz que oíamos era la del guarda del Palacio corriendo detrás de nosotros para echarnos.

Y entre historias de fantasmas, cromos, chocolate con pan para la merienda, o las coplas de la Piquer en la radio que siempre sonaba en la cocina de Maruja; Marta, Iñigo y yo llegamos a la adolescencia.

Y de la curiosidad por un fantasma que nunca vimos ni oímos, pasamos a la curiosidad por lo que siempre habíamos tenido, pero que estaba cambiando tanto –nuestro cuerpo–.

Mi primer beso fue para Iñigo. Un primer beso, de labios húmedos, casi cerrados, la vergüenza por una tímida lengua que me roza y el deseo de perseguirla con la mía hasta su escondite, más allá de los dientes.

Agarrarnos la mano por debajo de la mesa de la cocina, disimular con una risa tonta cuando Maruja miraba por el rabillo del ojo. Notar, con curiosidad, entre las piernas de Iñigo ese bulto que crecía cuando en los paseos por el Retiro nos sentábamos en algún banco, juntando nuestras bocas para comernos y explorar con las manos la piel que imaginábamos por debajo del uniforme.

La timidez, el pudor, la ignorancia de mis 15 y sus 17 años en nuestra primera vez, descubrir la luz con los ojos cerrados y distinguir mi sangre latiendo al compás de otro corazón. No recuerdo que sintiera ninguna culpa, no sentí miedo, solo puedo evocar la paz de mi piel en el calor de otro cuerpo.